

# EL NIÑO QUE HACÍA COHETES

JUAN FERNANDO SEPÚLVEDA SOTO\*

\*Nacido en Yolombó,  
Antioquia, en 1958.  
Abogado, egresado de la  
Univerisdad de Antioquia  
en 1993

Corría la década del 60 del siglo pasado. Por un pequeño pueblo, Yolombó, deambulaba un niño soñador. En las noches, se extasiaba mirando un cielo profundamente oscuro e inmenso tachonado de estrellas. Se complacía uniéndolas, cual prestidigitador, inventando constelaciones. Lo escuchaba absorto, sentados en la acera de nuestra casa. Sus palabras, gestos y ademanes embrujaban. Yo era un niño que aprendía de su hermano mayor, un joven que apenas abandonaba la niñez. No le escuché en ninguna ocasión atribuirle creación divina a todo lo existente; antes, por el contrario, era escéptico con relación a los temas religiosos. Me explicaba lo que eran las constelaciones y me decía que tenían nombres griegos. Pensaba que estaba loco, que todo era algo teatral y que me estaba embromando. A veces él reía al explicarme algo nuevo que había aprendido y que le resultaba exótico. Siempre le gustó la tribuna, no por vanidad, sino porque su pasión fue la interlocución y la transmisión de lo aprendido. En aquellos momentos de éxtasis el espacio que observaba se le antojaba poético. ¡Asoció el cielo con la poesía y nunca dejó de hacerlo!

Su creatividad me cautivaba, sobre todo lo relacionado con la astronomía y la aeronáutica. Estaba embebido por ellas de tal manera que se volvió un asiduo visitante de la biblioteca del entonces colegio de bachillerato Aurelio Mejía. No sé qué temáticas consultaba y leía. Es seguro que estaban relacionadas con la astronomía, sin dejar de lado la literatura, la poesía y la mitología, sus otras amantes.

Mi padre, Guillermo, le obsequió la *Enciclopedia Práctica Jackson* de color marrón. La recuerdo muy bien porque en muchas ocasiones me imbuí de cabeza en su contenido literal. Alonso consultaba la *Enciclopedia* constantemente y fue la puerta de entrada al campo del conocimiento que conservó hasta su muerte como el regalo máspreciado.

Su embeleo durante cierto tiempo fue la construcción de cohetes. Empezó con la elaboración de modelos hechos en madera y, luego, avanzó hasta el último, hecho de metal. Los de madera, los primeros, los construyó de un solo cuerpo, muy sencillos, por cierto; a los cuales les daba un lindo acabado, con diseños muy similares a los de la NASA. Luego avanzó hacia los de dos cuerpos, con paracaídas incluido, que los elaboraba a partir de los forros

de cuadernos y de hilos de lana. En la parte superior, hacía la cabina, lugar del astronauta, con la novedad que era una mosca. Dedicaba largos ratos tratando de cazarlas. Si atrapaba varias, las introducía en un recipiente de vidrio transparente, con su tapa perforada, y las alimentaba. Y como medio de propulsión utilizaba pólvora, unida a una larga mecha, por seguridad. Después de efectuar el lanzamiento, observaba las condiciones en que se encontraba la tripulante.

El cohete de metal era más estructurado. Podría tener unos 30 centímetros de alto. Su diámetro estaba determinado por el de los pequeños envases de metal de leche condensada; estos eran los reservorios, de los cuales se desprendían unos tubos de pequeño diámetro, que confluían a la cámara de combustión: los estabilizadores y los propulsores. Nunca observé el vuelo de este cohete, ya que se marchó con sus amigos a un lugar seguro, produciéndome una honda decepción. Luego me diría que había tenido un éxito relativo.

Poco a poco, y a paso lento, pero seguro, avanzaba. Estaba mirando a lo lejos, hacia su futuro. ¡Nunca sus pasos dejaron de ser firmes!

Alonso se caracterizó durante toda su vida por ser sumamente estudioso.

Cada vez que tenía comunicación con él vía telefónica, contestaba mi saludo con un “calculando”. Desfallecer no estaba entre sus opciones. La física, la astronomía y las matemáticas fueron su vida.

Ahora, después de su fallecimiento, recuerdo la penosa muerte, a los 54 años, de Tycho Brahe, astrónomo danés, quien en medio del delirio de su último día repetía: *Ne frustra vixisse videar* (Dejádme pensar que no he vivido en vano). Bien se le puede aplicar esta frase a la obra de Alonso. Su vida no fue en vano; lo atestiguan sus vastos escritos, incontables conferencias, charlas, seminarios e innumerables alumnos que pasaron por su cátedra.

A manera de óbolo, hermano del alma, te ofrezco este testimonio. Que Arconte lo acepte y te guíe a través de la inmensidad de cielos infinitos y que vagues permanentemente, conociendo mundos nuevos, como lo hacía el Principito. ■



Alonso Sepúlveda  
Soto a los 6 años  
Archivo familiar